

Luis Eduardo García  
leg@upnorte.edu.pe



## CARTA DEL DIRECTOR

# POLÍTICOS E IMPROVISADOS

¿Cuánto se ha devaluado la política peruana para que deportistas, cantantes y vedettes sin ninguna formación ideológica sean requeridos por partidos y movimientos? El diccionario de la RAE llama a la política «Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados». Al arte: «Virtud, disposición y habilidad para hacer algo». A la doctrina: «Enseñanza que se da para instrucción de alguien». Y a la opinión: «Dictamen o juicio que se forma de algo cuestionable», así como también «Fama o concepto en que se tiene a alguien o algo». La política sería entonces, por extensión, la capacidad para gobernar, enseñar y difundir puntos de vista sobre asuntos que tienen que ver con la vida de los ciudadanos. Esto quiere decir que se trata de un oficio, empleo o profesión de enorme importancia para la sociedad, y por el que es legítimo percibir una retribución económica. En la antigüedad, la política, por su misma naturaleza, requería de ciudadanos preparados, probos y conscientes de que representaban a las mayorías que los elegían —o dejaban que ejercieran de facto su representación— para que garantizaran la vigencia de sus derechos. Al menos esto era así en teoría. Mal que bien, los políticos se preparaban para gobernar, profesaban una ideología, formaban una especie de linaje, hacían una carrera de años, trataban de entender cómo funcionaba el Estado y ponían en práctica las mejores recetas para gobernar. El poder político se basa en la prepotencia, el dominio, el mando, el privilegio, la superioridad y la conspiración contra el débil. La historia de los Estados es la historia de la lucha contra esta forma de poder, así como una cabal demostración de que la política y los políticos —pese a las profundas injusticias que acarrear— resultan necesarios para la vida social. De allí lo conveniente de contar un sistema de partidos y estamentos políticos. Pero como la mayor parte de los oficios, artes y profesiones la política se ha ido devaluando a saltos agigantados. La corrupción —esa peste de los Estados ricos y pobres— ha convertido los fines primigenios de la política en asuntos subalternos que conciernen solo a soñadores y «tontos útiles». Tras ella se agazapa una lógica perversa: dame tu voto y no preguntes quién soy y a qué me dedico. Y el «rebaño desconcertado» —por ignorancia, por moda

y por estupidez—hace lo que piden los oportunistas. En 1980, cuando el Perú volvió al sistema democrático yo tenía 17 años y no pude votar, aunque seguí de cerca la elección del Congreso Constituyente y el debate de ideas que se generó en este contexto. En 1985 ya pude participar en una elección para Presidente y Parlamento. Entonces estudiaba en la Universidad y conocí de cerca la disputa entre doctrinas y propuestas electorales. Los partidos, de izquierda y de derecha, hacían lo imposible por ganar las elecciones y presentaban candidatos experimentados en la praxis política. Había, creo, muy poco espacio para los aventureros y los improvisados. Las de 1990 fueron, creo, las últimas elecciones con contenido ideológico en el Perú. Sin embargo, ya algo anunciaba que el medio político del Perú empezaba a perder profundidad y decencia. Al poco tiempo, las cosas se pusieron patas arriba: había muy poco espacio para los políticos de vocación y mucho para los que buscaban una fórmula de ascenso económico. La prédica de que se había llegado al fin de la historia, los partidos y las ideologías «lumpenizó» el discurso electoral y abrió de par en par las puertas —con la ayuda de los medios de comunicación— a los aventureros y a los improvisados. «Políticos tradicionales» llamó el fujimorismo al que pensara lo contrario. En las elecciones sucesivas del 1992, 1995, 2000, 2001 y 2006 la política peruana sufrió una «espectacularización». Los políticos con ideología y discursos con contenido desaparecieron o se arrinconaron en movimientos de última hora. Los empresarios, los periodistas, los militares retirados, los caciques de provincia y algunos ciudadanos de «éxito» se apoderaron de puestos de mando y representación. Hoy, próximos a un nuevo proceso electoral, la política vuelve a bajar un peldaño más abajo. Las listas de candidatos al Congreso de movimientos y partidos han considerado a deportistas, vedettes jubiladas, cantantes, líderes chirles, tráfugas y cínicos con el falso argumento de que así sintonizan con ciertas demandas populares. Con toda seguridad, el Congreso de los siguientes cinco años estará aireado por el escándalo, las zancadillas, la idiotez y la demagogia. Los ciudadanos somos, una vez más, carne de cañón para los rapaces e improvisados.